

Quizás sean pertinentes, antes de terminar, algunas palabras sobre las invocaciones de Birjukov a la dialéctica. El autor tilda de "metafísicas" las ideas de Frege sobre la validez de las leyes lógicas, porque según Frege estas leyes "do not have a historical character. They have an unconditioned eternal force. They are identical everywhere and always" (p. 34). Baste observar que para Birjukov, y, para los marxistas, las leyes de la dialéctica *do not have an historical character. They have an unconditioned eternal force. They are identical everywhere and always.*

Finalmente, el hecho de que el autor escriba en ruso no deja de tener su miga. El idioma de Birjukov no cuenta en su haber con el artículo determinante, que en otros idiomas caracteriza gramaticalmente ciertas expresiones descriptivas singulares, como "El rey de Francia"; en ruso la forma gramatical no basta para decidir si una expresión es una descripción determinada o un término general: "In Russian, in similar cases — aclara el autor — it is not clear whether a given expression is a proper name [en el sentido de Frege] or designates a concept" (p. 92, n. 18). Por lo tanto, si Russell hubiera escrito en ruso no habría caracterizado su teoría de las descripciones como "una definición del artículo determinado",⁶ con lo cual restringió la aplicabilidad de su análisis, dejando a los rusos sin los preciosos beneficios de la navaja de Occam, y librados a los peligros de la multiplicación de los entes. La familiaridad con el artículo determinante hace olvidar con frecuencia que lo que se necesita es una caracterización de las descripciones por la *función* que cumplen dentro de las oraciones, aunque en algunos idiomas esta función se halle señalada invariablemente por una partícula lingüística.

Por pedido del Dr. Angelelli, indicamos las siguientes erratas: Pág. xii (línea 1) y xvi (línea 20): donde dice "Ungesättigkeit" debe decir "Ungesättigtheit"; pág. xv (línea 8): donde dice "graphic" debe decir "graph".

THOMAS M. SIMPSON

Carl Wellman, *The Language of Ethics*, Harvard University Press, 1961, Cambridge, Mass., x + 328 pp.

Wellman ha escrito un sugestivo libro, que aborda con amplitud y originalidad un asunto nada simple y muy discutido como el de la interpretación del lenguaje valorativo y la fundamentación de la filosofía moral. Los doce capítulos de que se compone la obra pue-

⁶ B. Russell, *Introduction to Mathematical Philosophy*, Londres, George Allen and Unwin, reimp. 1953, p. 167.

den distribuirse siguiendo la pauta de tres enfoques suficientemente marcados: 1) la exposición y enjuiciamiento del proceso contemporáneo de la axiología, incluyendo las más recientes contribuciones de la filosofía lingüística (caps. I a V); 2) la exposición y fundamentación del punto de vista del autor sobre los seis principales tipos de sentido que cabe distinguir en el lenguaje humano (caps. VI a X); y 3) el análisis del sentido de los principales términos axiológicos y éticos y la formulación de las conclusiones generales del autor sobre el lenguaje moral (caps. XI o XII). En lo que sigue, de este rico contenido nos limitaremos a examinar algunos temas que, creemos, son los que más interesan a la discusión axiológica.

El autor distingue cinco tipos principales de sentido en el lenguaje: descriptivo, emotivo, evaluativo, directivo y crítico. Como se comprende, esta distinción, de una parte, le permite destacar matices muy finos en el uso de las palabras y oraciones, pero, de otra, lo obliga a reducir el ámbito semántico de ciertas clases de lenguaje, como el valorativo. Dejando de lado el distingo —ya suficientemente fundado por la crítica axiológica anterior— del sentido valorativo, el descriptivo y el emotivo, el enfoque de Wellman lleva a descartar como momentos del uso valorativo de las palabras y las frases aquellos que tienen que ver con la dirección y la crítica de la conducta humana. Formular un juicio de valor no es, de ningún modo, prescribir ni criticar la conducta de alguien. El sentido de las expresiones valorativas es, de acuerdo con la tesis del libro, otro: afirmar o negar con respecto a un objeto determinado lo apropiado (o inapropiado) de una actitud pro (o contra). Dicho de modo distinto: por su sentido evaluativo, los enunciados de valor hacen referencia a un objeto y a una actitud pro o contra como la apropiada al objeto. De allí que tengan como rasgos —empleando la terminología del autor— la indicatividad, la parcialidad y el carácter afirmativo-negativo (*assertion-denial*).

El elemento central de la interpretación propuesta es ciertamente el concepto de la apropiado (*appropriateness*), pues con el solo carácter indicativo y la mención o exteriorización de una actitud pro o contra no se tendría un sentido distinto al descriptivo y el emotivo. Observemos que este concepto es muy cercano al de adecuación (*fittingness*), empleado por Broad y Ewing especialmente, para dar cuenta del sentido del lenguaje valorativo. De hecho, presenta las mismas ventajas y desventajas que él. La ventaja principal es aparecer como un elemento que pertenece al orden de las instancias objetivamente determinables, pues la *appropriateness* comporta una cierta referencia a relaciones constatables. Esta virtud no es, sin embargo, contrapeso suficiente para las desventajas, entre las cuales la

más notable es el riesgo de reduccionismo, inevitable si no se descarta del mencionado concepto todo el elemento naturalista.

Pero, cuando se toma esta precaución y se subraya lo no fáctico de la mención valorativa, se echa de ver que términos como '*appropriateness*' no son los más adecuados a la comunicación de un elemento primordial en el lenguaje valorativo, justamente el elemento que distingue toda mención de hecho de una predicación de valor, a saber, el elemento de exigencia. Ahora bien, en la interpretación de Wellman este elemento de exigencia precisamente ha sido separado del sentido valorativo y puesto en la cuenta del sentido crítico. No se ve claro por esto cómo se puede distinguir una aserción fáctica de una valorativa habiéndose eliminado la exigencia estimativa.

Lo cual nos lleva a la segunda observación que queremos hacer. Wellman subraya la heterogeneidad del lenguaje moral y descarta, por tanto, toda interpretación que unifique el factor de obligación y el factor de valoración que operan en este lenguaje. Sin dejar de aceptar otra posible variedad de enunciados morales, para él, en efecto, los dos principales son los juicios de valor y los juicios de obligación, que corresponden a dos formas diferentes de sentido: el evaluativo y el crítico. Lo cual se refuerza por su análisis de '*ought*' y '*right*', según el cual tales términos poseen predominantemente un sentido crítico. De ser esto así, un juicio de valor no tendría carácter prescriptivo ni formularía propiamente ninguna demanda de actitud. Pero esto no es así, pues, de hecho, sin dejar de funcionar como juicio de valor, una predicación de bueno comporta siempre una orientación de la acción y una exigencia de actitud. Wellman no pudo menos de reconocerlo al analizar el sentido de los términos valorativos más característicos: '*good*' y '*bad*'. El sentido de estos términos —dice— no es tan simple como algunos suponen; es predominantemente evaluativo, pero puede ser descriptivo, emotivo, directivo o crítico (p. 285). Por nuestra parte, no vemos qué puede ser lo propiamente estimativo del sentido de '*good*' si se descarta de él el elemento de exigencia y se lo adjudica al sentido crítico.

Pero veamos más de cerca este sentido crítico, que Wellman califica así de acuerdo con Castell y que, según declara, ha caracterizado aprovechando sugerencias de Austin, Hart, Strawson y Toulmin —y esta será nuestra tercera observación. Sorprende, por lo pronto, la heterogeneidad de las frases presentadas como ejemplo de "oraciones críticas" y la de los términos susceptibles de funcionar como "predicados críticos" ('*true*', '*false*', '*valid*', '*incorrect*', '*reasonable*', '*right*', '*wrong*' '*ought*'). Y por cierto que esta heterogeneidad no desaparece por el mero hecho de hablar de oraciones *críticas* y de predicados *críticos* o del proceso de la *crítica*, porque estos términos no se definen explícitamente en ninguna

parte. Más bien son caracterizados por referencia justamente al empleo de esas frases y predicados, lo cual, si no nos envuelve en un círculo, no nos lleva ni un paso adelante. La situación se oscurece más aún cuando se advierte que, para Wellman, el sentido crítico de una oración reside en la explicitación de una pretensión o exigencia (*claim*) de racionalidad que es propia de toda aserción seria y de cualquier acción responsable, a tal punto que la diferencia entre dos oraciones, en lo que toca al sentido crítico, corresponde a la diferencia en el grado de explicitación de la señalada pretensión (pp. 264-5). Así 'La nieve es blanca' es una oración no crítica, pero " 'La nieve es blanca' es verdadera" es una oración crítica. A tenor de esto puede decirse que 'Ese acto es correcto' es un enunciado no crítico, mientras que "Ese acto es correcto" es correcto" sería crítico, donde se ve que 'correcto' (*right*) varía de sentido de una manera que, en la tesis de Wellman, nos impide saber, a ciencia cierta, en qué y cuándo resulta crítico.

De otro lado, no se ve por qué razón una mera afirmación de consecuencia lógica o de derivabilidad exige la presencia de un sentido distinto. Si decimos que un hecho se producirá *en razón* de que tales y cuales factores antecedentes ya se han producido, hacemos una afirmación inferencial-causal que se comunica normalmente por el sentido descriptivo de las palabras. No necesitamos recurrir a un sentido descriptivo para comunicar propiedades y a otro sentido para comunicar conexiones causales o inferencias empíricas. ¿Por qué habríamos de necesitarlo para comunicar la adecuación de un juicio a los hechos, o la subordinación de una acción a una norma o regla de conducta? Dicho de otro modo, afirmar, v.g., que *p* es verdadero, o que *q* es válida, o que *x* es correcto no necesita de otro tipo de sentido que el descriptivo, en la medida en que se trata de meros acuerdos o relaciones entre instancias. La situación es sin duda diferencial cuando se trata de exigencias de acción o demandas de actitud. En este caso ya no se trata de una mera afirmación *constativa* sino de una participación activa del sujeto y una apelación a su sensibilidad o su voluntad. Piénsese, por ejemplo, en la valoración y la prescripción implícitas en calificaciones como *razonable*, *inválido*, *correcto*. Entonces pasa a primer plano la polaridad del pro y el contra, no considerada por Wellman en su caracterización del sentido crítico —aunque no haya podido evitar referencias incidentales a ella (v.g., pp. 263-4)—, polaridad que es típica de las proposiciones de valor.

Lo anterior nos hace ver que hay un fuerte parentesco entre los enunciados valorativos y los críticos, a tal punto que en ciertos casos resulta difícil distinguir unos de otros. Inclusive dentro de la interpretación del propio autor esto no es extraño, pues él emplea

como término clave de la definición de los enunciados valorativos la palabra *'appropriateness'*. ¿En qué puede distinguirse una afirmación sobre lo apropiado o inapropiado de una actitud o una acción, de la enunciación de un "predicado crítico", siendo así que, según Wellman, un juicio crítico consiste en afirmar (o negar) "que algún predicado crítico *es apropiado al objeto indicado*" (p. 277; subrayamos nosotros)? Si recordamos lo dicho antes sobre el sentido evaluativo, tendremos pues que, de acuerdo con Wellman, un enunciado de valor, al afirmar o negar, sanciona lo apropiado o inapropiado de una actitud con respecto a un objeto indicado y, por su parte, un enunciado crítico, al afirmar o negar, sanciona lo apropiado o inapropiado de un predicado crítico con respecto a un objeto indicado. A través de 'apropiado' se establece, así, un poco a espaldas del autor, la comunidad de sentido de los enunciados de valor y ciertas formas del lenguaje llamado crítico. Si, inversamente, examinamos el sentido valorativo con una óptica distinta a la de Wellman, no dejaremos de constatar la presencia de un elemento de exigencia que él pone sólo en la cuenta del sentido crítico, pero que es indispensable para explicar lo que se ha llamado la *autoridad* de los valores.

Llamamos la atención, finalmente, sobre la clasificación de los juicios de obligación (incluidos los morales) dentro de los enunciados críticos, lo que lleva a negarles sentido directivo. Para Wellman, en consecuencia, un enunciado crítico de obligación (enunciado en *'ought'*) no demanda la realización de una acción ni promueve u orienta la conducta personal. Las oraciones que cumplen esta función son los imperativos gramaticales, distintos de los enunciados de obligación. Sin embargo, un inventario objetivo de la acción humana no puede menos de reconocer un innegable uso directivo de los enunciados de obligación, especialmente los morales.

El resultado a que llevan estas consideraciones es el siguiente: o bien se reinterpreta el sentido crítico en una forma en que se reconozcan como rasgos esenciales de él la polaridad del pro y el contra y el momento directivo, o bien queda él reducido a una forma de sentido difícilmente diferenciable de los usos constativos, neutrales, del lenguaje. Si se hace lo primero, se llega a una aproximación interesante de los usos evaluativo y prescriptivo (especialmente los juicios de obligación) del lenguaje y a una nueva clasificación de las formas y sentidos del lenguaje.

AUGUSTO SALAZAR BONDY